

Juana Willibalds¹
Teatro
Zamacuco

Personajes

Juana Willibalds (Juan el Inglés, Papa Juan VIII)
Santa Lioba (Espíritu radiante de luz)
Anastasio (Cardenal Anastasio, Antipapa Anastasio)
Cardenal 1
Cardenal 2
Cardenal 3
Hermana Bilttude
Frumencio
Mercader
Caballero 1
Caballero 2
Lamberto
Hermana Eduvigis
Pueblo

I

Anno Domini 835. Una celda en el monasterio de Mosbach. Juana Willibalds ha cumplido sus 17 años.

Norte de Baden-Württemberg, Alemania. Monasterio de Mosbach.

Una celda sobria, limpia, con un camastro, una puerta y una ventana. Junto a la ventana hay una mesa, dos sillas y unos cuantos pergaminos enrollados. En alguna de las paredes hay un crucifijo y una repisa sobre la cual se ha colocado una estatuilla de Santa Lioba.

Juana Willibalds, vestida nítidamente con un hábito negro de novicia benedictina, se encuentra de rodillas, al pie de su camastro e implora a la santa.

Juana Willibalds.- ¡Oh Santa Lioba bendita! ¡Oh virgen bien amada! Desde tu tranquila y hermosa abadía de Wimborne llegaste a las tierras salvajes de los herejes germanos, para apoyar la obra misionera de San Bonifacio. Hoy he cumplido ya diecisiete años y he tomado los hábitos de novicia benedictina. Tú sigues siendo mi sostén espiritual.

Una luz lechosa inunda el escenario. Se escucha el sonido de una trompeta. Santa Lioba aparece. Se la ve gloriosa, resplandeciente.

¹ Parcialmente basada en la novela “La Papisa Juana”, escrita por Emmanuel Royidis.

Santa Lioba.- Hija mía, has hecho bien en vestir los hábitos de novicia. Hace un año quedaste huérfana y solitaria en este mundo. Aún recuerdo tu rostro, desfigurado por el dolor. Llorabas desesperadamente por la muerte de tu padre, o mejor dicho, por la muerte del buen monje que te crió desde que eras una niña de pecho. Vi cuando enterraste sus despojos bajo un sauce, con la ayuda de un buen ermitaño, en la desembocadura del río Meno que baña con sus aguas la Baviera, Baden-Wurtemberg, Hesse y Franconia. Después te quedaste dormida, a la sombra de un árbol.

Juana Willibalds.- Sí, madre santa. Virgen bien amada. Entonces tuve una visión. Vi que dos mujeres salían del agua. Una de ellas, Santa Ida, con los pechos desnudos, llevaba flores en el pelo y sonreía. La otra eras tú, Santa Lioba bendita, mi protectora, con tu cara angelical, con tu negra túnica y una cruz en el pecho.

Santa Lioba.- Santa Ida te aconsejaba el matrimonio, la maternidad y los hijos...

Juana Willibalds.- Pero tú, me pedías ingresar a un monasterio y entregar mi vida al Todopoderoso. Como tú mismo puedes comprobarlo ¡oh Virgen bien amada! he tomado los hábitos benedictinos.

Santa Lioba.- ¿Entonces, dime, hija? ¿Qué es lo que te aflige?

Juana Willibalds.- Que el espíritu está pronto, madre, pero la carne es débil... Hay un fraile benedictino que viene todos los días a esta, mi humilde celda. Es tan hermoso su rostro, es tan dulce su voz... Pienso que no doy digna de este hábito bendito... ¿Qué debo hacer, oh virgen bien amada?

Santa Lioba. Reza, hija. Pide el éxtasis puro, a cambio de los pesados placeres de la carne; la independencia, en vez de la esclavitud de las mujeres casadas; la suave disciplina de la abadesa, en lugar del torpe mandato de un marido despótico. Has elegido a Jesús y no a cualquier mortal amante.

Juana Willibalds.- La castidad, madre. No podré mantener la castidad... Mil tenazas de hierro candente muerden mi piel cuando veo a Frumencio. Relévame, oh madre, de la promesa que te hice. Sácame de este monasterio antes de que sea demasiado tarde.

Santa Lioba.- ¡Vencerás, después de todo! Confío en ti, Juana Willibalds. ¿Despreciarías un trono? Ahora, levántate. (*Santa Lioba le toma de la mano y la levanta del suelo.*) ¡Mira, Juana! ¡Mira el futuro que te aguarda!

Entran cuatro cardenales cargando un soberbio trono de oro. Los purpurados colocan el trono frente a Juana. Santa Lioba sonríe beatíficamente a Juana.

Santa Lioba.- En verdad, en verdad te digo que tú te sentarás sobre el trono más noble de la tierra y tu testa llevará la triple corona, que proclamará tu poder sobre Roma, el Mundo y el Cielo.

Los cardenales visten a Juana con una túnica blanca. Juana se resiste, pero ellos le colocan, a la fuerza, sobre su cabeza el cameláucum, especie de yelmo blanco de lino, y la sientan en el trono.

Anastasio.- Habemus Papa.

Cardenales 1, 2 y 3.- Deo gratias.

Anastasio.- ¿Dónde está el diácono? ¡Que llamen al diácono! ¡Que traiga *la sella estercoraria!*² ¿No es esto lo que ordena la tradición?

Cardenal 1.- Cardenal Anastasio, estamos en el siglo noveno. La tradición de la silla agujereada se iniciará más tarde, gracias a su sapiente recomendación.

Cardenal 2.- Además... en el presente caso, creo que no sería necesaria la silla agujereada. Salta a la vista el vigor y la hombría de este Santo Padre.

Cardenal 3.- Sin embargo yo lo encuentro un tanto afeminado...

Cardenal 2.- (Al cardenal 3.) ¡Blasfemo! ¡Guarda tu lengua! ¡*Duos habet et bene pendentes!*³

Cardenales Anastasio, 1 y 3.- ¡*Duos habet et bene pendentes!*

Juana Willibalds.- (A Santa Lioba.) ¡Yo no quiero ser Papa! ¿Cómo puede una mujer ser consagrada como Pontífice? ¡Eso sería un sacrilegio! ¿Qué silla están buscando estos purpurados?

Santa Lioba.- Ese es un asunto que a ti debe tenerte sin cuidado.

Juana Willibalds.- (A Santa Lioba.) Entonces... ¿No debo preocuparme por cosa alguna? ¿Y mi alma? ¿Cómo alcanzaré la salvación de mi alma?

Santa Lioba.- Una advertencia: Huye de los hombres que llegan del norte. Ningún comercio mantengas con los del Elba y los del Rhin. Ten pavor de los sajones.

Juana Willibalds.- ¡Guárdeme Dios de los sajones!

Santa Lioba.- ¡Desconfía de los sajones! Pálida es su tez; claros sus ojos; rojizo su cabello; imponentes sus cuerpos; pérfidos sus corazones.

Los cardenales hacen girar el trono sobre el que está sentada Juana Willibalds.

² Según la leyenda, la suplantación de Juana obligó a la Iglesia a proceder a una verificación ritual de la virilidad de los papas electos. Un eclesiástico estaba encargado de examinar manualmente los atributos sexuales del nuevo pontífice a través de una silla perforada (*sella estercoraria*).

³ Tiene dos y cuelgan bien.

Cardenales Atanasio, 1, 2 y 3.- “¿Sabes cuándo dan a luz las cabras monteses? /¿Has visto parir a las hembras del venado? /¿Sabes cuántos meses necesitan para que den a luz? / Al dar a luz se encorvan, / y entonces nacen sus crías...”⁴

Juana Willibalds.- *(A los cardenales.)* ¿Qué hacen? ¡Deténganse! ¿Qué tengo yo que ver con las cabras monteses o con las venadas preñadas? Déjenme descansar. ¡Me estoy mareando! ¡Basta! ¿Cómo puedo estar preñada si todavía soy virgen? ¡Frumencio, eres un maldito! Tengo náuseas. Voy a vomitar. No puedo contenerme.

Juana vomita sobre los cardenales.

Cardenales Atanasio, 1, 2 y 3.- ¡Nos ha ensuciado! ¡Ha mancillado la pureza de la iglesia!

Anastasio.- ¡Nos ha deshonrado!

Cardenal 1.- Fétido es, en verdad, el contenido de su estómago.

Cardenal 2.- ¡Maldición! ¡Excomunió! ¡Anatema!

Juana se baja del trono. Los cardenales y Santa Lioba abandonan el escenario. Juana se acuesta sobre el camastro.

Juana Willibalds.- ¿Qué ha sido todo esto? ¿Un sueño? ¿Una pesadilla? ¡Estoy empapada en sudor! ¡Oh, Santa Lioba, sería mejor que no cumplas tus promesas!

La hermana Bilttude hace sonar el aldabón con el que se cierra por fuera la celda de Juana.

Hermana Bilttude.- *(Desde afuera.)* ¡Juana! ¡Hija mía! ¿No te has levantado aún de la cama? ¡No te vi en maitines! ¡Vamos a entrar, hija!

Juana se levanta, limpia con un paño su hábito monacal.

Juana Willibalds.- ¡Un momento, santa madre! Aún no estoy presentable...

Juana va hacia la puerta y se arregla el hábito.

Hermana Bilttude.- *(Desde afuera.)* ¡Me preocupas, hija! ¿Estás enferma?

Juana Willibalds.- ¡Pase usted, santa madre!

Entra la hermana Bilttude con el padre Frumencio, de la orden de los Benedictinos.

Frumencio.- Hermana Juana, yo...

⁴ Job 39.

Hermana Bilttude.- Estás pálida, Juana. Ven a mis brazos hija mía. (*Bilttude abraza a Juana.*) Arde tu cuerpo, brillan tus ojos y tu pecho se estremece como una hoja al viento.

Frumencio.- Hermana Juana, yo...

Juana Willibalds.- Tuve una visión, santa Madre.

La hermana Bilttude suelta violentamente a Juana y se separa de ella, con horror.

Hermana Bilttude.- ¿Tuviste una visión santa o diabólica?

Juana Willibalds.- Vi a santa Lioba y a cuatro cardenales...

La hermana Bilttude abraza nuevamente a Juana.

Hermana Bilttude.- ¡Una visión celestial, hija mía! ¡Entonces te salvarás! La fiebre bajará y estarás bien. (*La hermana Bilttude suelta a Juana y se separa bruscamente de ella.*) Ahora debo ver esos pergaminos.

La hermana Bilttude se acerca a la mesa, abre la ventana y desenrolla los pergaminos, y los examina prolijamente, de uno en uno.

Frumencio.- Hermana Juana, yo...

Juana Willibalds.- Le escucho, hermano Frumencio...

Frumencio.- Yo... creo que usted es una santa... Su rostro es angelical. Yo... también estaba preocupado por usted, hermana.

Juana Willibalds.- (*Con coquetería.*) ¿Se preocupó mucho o se preocupó solo un poco?

Frumencio.- Me preocupé mucho... Hermana Juana, yo...

A espaldas de la hermana Bilttude, Frumencio toma las manos de Juana y se arrodilla ante ella.

Frumencio.- Ángel mío. También yo tuve una visión paradisíaca...

Juana Willibalds.- (*Con coquetería.*) Usted, hermano Frumencio... es un insensato...

Hermana Bilttude.- ¡Juana Willibalds! ¡Padre Frumencio! ¡Esto es una maravilla! ¡Es una obra de arte! En menos de dos meses ustedes dos han transcrito, de manera impecable las epístolas de San Pablo. ¡Qué rasgos más elegantes! ¡Qué caligrafía más perfecta! El oro de las letras alcanza su esplendor al ser tocado por los rayos del sol. *Rabanus Maurus*, prior del monasterio de Fulda estará encantado con estos pergaminos. El oro deslumbrará los ojos de los infieles de Turingia y les inspirará respeto por la verdad de los evangelios.

La hermana Bilttude enrolla nuevamente los pergaminos. Toma unos cuantos con ella y se dirige hacia la puerta.

Hermana Bilttude.- Sigán trabajando así, ángeles del cielo.

Tan pronto como la hermana Bilttude abandona la celda y cierra la puerta, Frumencio y Juana se despojan de los toscos hábitos y se lanzan abrazados sobre el tosco camastro.

Frumencio.- “¡Dame un beso de tus labios! / Son más dulces que el vino tus caricias, / deliciosos al olfato tus perfumes, / tu nombre es perfume derramado.”⁵

Juana Willibalds.- “Ven amado mío, a tu jardín, / y come de sus frutos exquisitos.”

Frumencio.- “Ya he entrado en mi jardín, / hermanita, novia mía. / Ya he tomado mi mirra y mis perfumes, / ya he probado la miel de mi panal, / ya he bebido mi vino y mi leche.”

Juana se incorpora. Cubre su desnudez con una tosca frazada.

Juana Willibalds.- “¡Ojalá fueras tú un hermano mío. / criado a los pechos de mi madre! / Así, al encontrarte en la calle, / podría besarte y nadie se burlaría de mí...”

Frumencio se incorpora. Baja del camastro. Se viste con su hábito.

Frumencio.- Te amo. No podré ya vivir sin ti.

Juana Willibalds.- *(Desde el camastro.)* Yo también te amo, Frumencio. Pero el estado eclesiástico, que los dos hemos abrazado, hace imposible este amor. Por eso se conturba mi alma y ruedan las lágrimas por mis mejillas.

Frumencio.- Hay un camino, un medio para conservar este maravilloso don que el cielo ha puesto en nuestras manos.

Juana Willibalds.- *(Desde el camastro.)* ¿Cuál es ese camino, cuál es ese medio, Frumencio?

Frumencio.- Cuando mi superior me envió a esta santa casa, dispuso que trajera conmigo dos hábitos nuevos. Sabía ha sido la decisión de mi maestro Rabanus Maurus. Ahora yo te propongo, Juana Willibalds, que vengas conmigo. Te vestiré de monje y compartirás mi celda, en el convento de Fulda.

Juana Willibalds.- *(Se ríe como una loca, sin bajarse del camastro.)* ¿Yo, un monje? ¿Yo, un varón? ¿A quién podría engañar con estos pechos?

Frumencio.- No serías la primera en vestirse como varón y vivir como tal en una abadía benedictina. Santa Tecla, hermana del apóstol San Pablo, santa Margarita, santa

⁵ Salomón: “El Cantar de los Cantares”.

Eugenia, santa Matrona y otras y otras, escondieron sus blancos cuerpos como alas de ángeles, en negros hábitos de hombre y adquirieron de este modo santidad, viviendo junto a los monjes. Tú, Juana Willibalds, una vez que vistas el hábito benedictino te llamarás Johannes Anglicus, es decir, Juan el Inglés...

Juana Willibalds.- ¿Hasta el nombre pretendes cambiarme? Has pensado en todo... ¿Y qué tal si yo me niego?

Frumencio.- Ya no podrías vivir sin mí, Johannes Anglicus...

Juana salta del camastro, como si súbitamente se hubiera acordado de algo fatal.

Juana Willibalds.- ¡Maldito sajón! ¡Tú! ¡Sí, tú, Frumencio, eres un maldito sajón! Pálido es tu rostro; claros tus ojos; rojizo tu cabello...

Frumencio.- ¡Qué es lo que te pasa, Juana Willibalds! Tú jamás me preguntaste mis orígenes. Soy sajón y no lo niego. Mi abuelo materno fue el indómito Widukindo, también llamado Wittekindo, o Witikend.

Juana Willibalds.- ¿El que atacó al Imperio de Carlomagno?

Frumencio.- Sí, el que enfrentó al Sacro Emperador Romano. Luego de que lo derrotaran los francos, en el año 785, le metieron a punta de espada en la pila bautismal.

Juana Willibalds.- (*Cae de rodillas.*) ¡Entonces que Dios se apiade de nosotros!

II

Anno Domini 847. Roma, la Taberna de “El León Dorado”. Juana Willibalds ha cumplido 29 años.

La tarde muere y se aproxima la noche en la ciudad de Roma. Antorchas mortecinas iluminan la plaza, con su arquería majestuosa.

A un costado, a la derecha, se divisa la entrada de un mesón o taberna. Un rótulo anuncia su nombre: “El León Dorado”. Desde el interior resuenan apagados los gritos de los parroquianos trasnochadores.

En el otro costado, a la izquierda, se puede ver el “Mercado de bienes espirituales”, con sus vistosos letreros: “Cargos eclesiásticos... 500 monedas de plata; Indulgencias plenarias... 350 monedas de plata; Excomunión de enemigos... 250 monedas de plata; Reliquias a precio de ganga... 60 monedas de plata; Oraciones cantadas... 5 monedas de plata”.

Entran, por un costado, Juan el Inglés y Frumencio. Ambos visten el hábito benedictino: túnicas, cinturones y escapularios negros. Cubren su cabeza con una amplia capucha. Cargan sendos saquillos con sus escasas pertenencias. Juan el Inglés va adelante. Está furioso. Detrás de él, Frumencio, trata de apaciguarlo.

Frumencio.- Espera, Juana.

Juan el Inglés.- ¿Cuántas veces te he dicho que no me digas Juana? Cualquiera podría oírte. Soy Juan el Inglés. ¿No puedes entender eso? ¡Métetelo en la cabeza!

Frumencio.- Te amo, Juana. No podré vivir sin ti.

Juan el Inglés.- En cambio yo, he dejado de amarte. Mi corazón nada siente por ti.

Frumencio.- ¿Quieres a otro? ¿De quién te has enamorado ahora?

Juan el Inglés.- ¿Eres acaso mi marido? ¿Te has casado conmigo como Dios manda? No has sido capaz de abandonar tus pestilentes hábitos de fraile ignaro, para formar una familia. ¿De qué te quejas, entonces? ¿Otra vez te carcomen los celos? ¡Déjame en paz!

Frumencio le toma por la manga a Juan el Inglés. Le sacude violentamente.

Frumencio.- ¡Díme, ahora! ¿Quién es tu nuevo amante? ¿A quién has venido a buscar en esta maldita ciudad?

El Mercader aparece en la puerta de su negocio.

Mercader.- ¡Compradores a la vista! A estos no los dejaré escapar sin que compren al menos una estampa de san Pedro y san Pablo. Buenos frailes, está resbaloso el piso. (A Frumencio.) Hace muy bien en sujetar a su compañero. Podría caer y romperse una pierna. Ha estado lloviendo este tiempo y se ha formado lodo por el sendero. Pasen, pasen ustedes, reverendos padres. Ingresen sin compromiso. Consulten nuestras ofertas. Gran remate de bienes espirituales.

(Frumencio suelta la manga de Juan el Inglés.)

Juan el Inglés.- (Al Mercader.) ¡Gracias, buen hombre! ¡Es usted muy amable, pero no estamos interesados! ¿Me podría decir cuál de esos caminos conduce a Roma?

Mercader.- Todos los caminos conducen a Roma.

Juan el Inglés.- Muy valiosa su información. ¡Adios!

Juan el inglés sale en precipitada fuga. El mercader toma del brazo a Frumencio y trata de hacerle entrar en su negocio. Frumencio forcejea inútilmente.

Mercader.- ¿Por qué ir al purgatorio si puede conseguir un pasaporte directo al cielo por tan solo trescientas cincuenta monedas de plata?

Frumencio.- ¡Suélteme! No necesito pasaporte alguno para ir al infierno.

Mercader.- (Sin soltar su presa.) Trescientas cincuenta monedas de plata es una ganga. Es el costo de una indulgencia plenaria, que entregamos ahora en pergamino de

becerro de primera calidad, escrito por reputados calígrafos, en caracteres indelebles. Entre, Monseñor, compare nuestros precios...

Frumencio ha logrado zafarse y corre detrás de Juan el Inglés.

Mercader.- ¡Jamás vi correr un fraile con tanta velocidad! En verdad que ese vuela como alma que lleva el diablo.

Dos caballeros, vestidos de negro, con sendos puñales colgando de la cintura y faroles en sus manos cruzan sigilosamente a través de un de los arcos.

Caballero 1.- (Al mercader.) ¿Cómo va el negocio?

Mercader.- Malo. Nada se vende. La gente anda sin dinero. Otra cosa era en la época del Papa Sergio II. Este es el año 847, el Papa León IV ha sido coronado, han terminado las fiestas y los negocios languidecen... Pero ustedes sí comprarán ¿verdad? Tengo medallas protectoras contra todo tipo de enfermedades...

Caballero 2.- Otro día será. Ahora tenemos que trabajar. Es tarde y pronto vendrá la noche.

Mercader.- Es verdad. Ya está oscureciendo. También yo debo cerrar mi negocio e ir a casa. Las calles de Roma están infestadas de malandrines y prostitutas.

El mercader recoge los letreros y los va guardando en su establecimiento comercial.

Caballero 1.- Y tú... ¿Desde cuándo espías para el cardenal Anastasio?

Caballero 2.- ¡Silencio! ¡Alguien podría oírte! Estos son tiempos difíciles. El oriente está en constante pugna con el occidente. Roma quiere imponerse sobre Constantinopla. ¿No sabes acaso que un Papa ha muerto y otro lo ha reemplazado? Nada garantiza la seguridad de los Pontífices ni la seguridad de los cardenales.

El Mercader sale de su tienda, con una sarta de telas multicolores.

Mercader.- Miren, miren. ¿No es esto una preciosidad? Escapularios. Sí, escapularios rojos, blancos, verdes, negros, marrones, fucsia, palo de rosa...

Caballero 2.- ¡Que no! ¡Que no, hombre! ¡Que estamos trabajando! ¿No nos hacemos entender?

Mercader.- Está bien, está bien. Yo solo quería protegerles contra las asechanzas del demonio... Ya me marchó. No digo una palabra más. Que tengan buenas noches.

El Mercader abandona el escenario.

Caballero 1.- ¿Entonces, las peleas encarnizadas entre los bandos...?

Caballero 2.- ¡Se lucha por el poder! En estos oscuros tiempos es más importante ser elegido Papa que heredar el trono de un rey. Los Papas hacen emperadores a los reyes.

Caballero 1.- ¿Y Atanasio quiere ser Papa?

Caballero 2.- Esa es su máxima ambición. A veces, cuando cree estar solo, encerrado en su palacio, gesticula y habla como un poseído. Entonces grita: cuando yo sea el Papa se harán las cosas de este modo. Cuando yo sea el Papa, dejarán de cometerse estas atrocidades. Cuando yo sea Papa... ¡Pero tú, amigo, no vivirás para contarlo! ¿Dónde obtuviste esa información? ¡Al cardenal no le gusta que mencionen su nombre! ¡Se nos paga para ser discretos!

Caballero 1.- ¿Y qué buscamos en esta plaza?

Caballero 2.- Esta es la puerta principal de entrada a Roma. Debemos estar atentos. El cardenal quiere saber quién entra y quién sale.

Caballero 1.- ¡Vaya pasatiempo! ¿Y para qué le puede servir esa información?

Caballero 2.- No durarás mucho tiempo en tu oficio si haces tantas preguntas. Mira, por allá llegan dos forasteros. Discuten agriamente.

Caballero 1.- Juraría que se trata de simples monjes benedictinos.

Caballero 2.- ¿Simples? No seas ingenuo. Ningún monje simple o sencillo llega hasta Roma, el centro del poder espiritual de occidente... Algo se traen entre manos esos dos. Escondámonos y descubramos qué es lo que éstos buscan...

Los dos caballeros vestidos de negro se esconden detrás de la arquería.

Ingresan, por entre alguno de los arcos, Juan el Inglés y Frumencio. Ambos van vestidos íntegramente de negro: túnicas, cinturones y escapularios de benedictinos. Cubren sus cabezas y parte de sus rostros con amplias capuchas. Cargan sobre sus hombros sendos costalillos con sus pertenencias.

Juan el Inglés.- ¡Eres necio, maldito sajón! Te has convertido en mi sombra. Apártate de mi camino. Déjame en paz.

Frumencio.- Solamente busco tu seguridad. Estoy aquí para protegerte.

Juan el Inglés.- No necesito tu protección. Te he soportado durante doce largos años. Ya he cumplido veinte y nueve años. En Atenas discutimos este asunto de manera definitiva. Cada uno de nosotros tomaría su camino y dejaría al otro en total libertad. Pero tu rompes tus juramentos sin pudor alguno.

Frumencio.- ¿Para qué has venido a Roma? Esta ciudad no es segura para ti. Temo por tu vida.

Juan el Inglés.- Me han pedido que enseñe filosofía, lógica y teología en la escuela de San Martino, donde el mismo San Agustín había enseñado alguna vez;

Frumencio.- ¿En San Martino? ¿Dónde alguna vez enseñó San Agustín? ¿Por qué no me habías contado eso?

Juan el Inglés.- Nada tengo que contarte, Frumencio. Tengo plena libertad para tomar mis propias decisiones...

Frumencio.- Entonces... ¿debo abandonarte? ¿Es eso lo que quieres? ¡Anda a Roma y ojalá te nombren Papa!

Juan el Inglés deja plantado a Frumencio y avanza, con la intención de entrar a la Taberna de “El León Dorado”. Dos gruesas lágrimas ruedan por las mejillas de Frumencio. Abatido, da media vuelta y desaparece.

Los dos caballeros vestidos de negro le salen al paso.

Caballero 2.- ¡He, tú! ¿A dónde crees que vas?

Juan el Inglés.- ¿Me hablas a mí?

Caballero 2.- ¡A ti, claro! ¿Acaso no huyó, como alma que lleva el diablo, el otro monje que vino contigo?

Juan el Inglés continúa su marcha, sin hacer caso al caballero. El caballero vestido de negro 1 le cierra el paso.

Caballero 1.- ¡Buenas noches, buen monje!

Juan el Inglés.- Buenas noches, buen hombre.

Caballero 1.- No has contestado la pregunta que te ha formulado mi compañero...

Juan el Inglés.- Si pregunta con educación, y no utiliza nuevamente ese desagradable y soez tono, quizá conteste a su pregunta.

Caballero 2.- Orgullosa y altanero. ¿Eres en realidad un monje benedictino? ¡Déjame ver tu rostro!

El Caballero 2 levanta la capucha y descubre el rostro de Juan el Inglés.

Caballero 1.- Es un monje hermoso. Lindas facciones.

Caballero 2.- Demasiado afeminado para mi gusto... ¿No tratas de engañarnos? Tu rostro está limpio, blanco y terso, como el de un niño al que aún no ha salido el bozo.

Juan el Inglés.- ¿Acostumbran en Roma hostigar de esta manera a los visitantes?

Caballero 1.- Me gusta como habla. Sus palabras resuenan como música celestial en mis oídos.

Caballero 2.- *(Al Caballero Inglés.)* Tu voz de tiple no logra engañar totalmente a mis finos oídos de lobo: le falta el timbre varonil... De seguro te has disfrazado de benedictino para entrar furtivamente a Roma... Se ha hecho costumbre entre las pelanduscas vestirse de monjes y andar merodeando por abadías y monasterios. *(Saca su puñal y le amenaza.)* ¡Abre las piernas, que te voy a inspeccionar en este mismo instante!

Juan el Inglés.- ¡No oses tocar con tus manos pecadoras el cuerpo de un profesor de teología, o caerás fulminado por la fuerza del Altísimo! ¡Soy *Johannes Anglicus!*

Caballero 1.- *¿Johannes, qué?*

Juan el Inglés.- ¡Soy Juan el Inglés! Su Eminencia, el cardenal Anastasio, mi protector, te hará pagar cara tu osadía. Ahora, apártate de mi presencia y déjame pasar.

Caballero 1.- ¡Ha dicho “el cardenal Anastasio es mi protector”!

Caballero 2.- ¿El cardenal Anastasio? Sí, claro. Pase usted, señor magister.

Caballero 1.- Disculpe usted el mal momento, Monseñor.

Juan el Inglés entra en la taberna.

Caballero 2.- Si este es realmente Juan el Inglés, entonces estamos frente a un pájaro de alto vuelo. ¿Y quién sería el otro? ¿Su guardaespaldas? Anda tú, e informa de inmediato al secretario del cardenal todo lo que has visto y oído. Espera sus órdenes.

El caballero 1 abandona rápidamente el escenario.

Caballero 2.- Juan, el Inglés. Juan, el Inglés... Me suena ese nombre. Unas cuantas monedas me podrían dar en el Vaticano por esta información. Espiar para dos señores es más provechoso que espionar para uno solo. Su Santidad, el Papa León IV me bendecirá y premiará mi fidelidad...

Entra, a través de uno de los arcos, Lamberto.

Lamberto.- ¡Caballero!

Caballero 2.- ¡Qué susto me ha dado! No le vi llegar. Se nota que es usted un forastero de elevados recursos económicos. Un traje muy elegante. Un sombrero muy fino. Unos botones tan relucientes... ¿En qué puedo serle útil, gran señor? *(Inclina servilmente el espinazo.)*

Lamberto.- Soy Lamberto, embajador de Sajonia. Busco un sitio adecuado para hospedarme por esta noche. Tengo la intención de presentar mis cartas credenciales ante su Santidad el Papa León IV.

Caballero 2.- Tendrá que esperar hasta mañana. Hoy ha caído ya la noche. No le recibirán en la Santa Sede.

Lamberto.- Sí, claro, tendré que esperar hasta mañana.

Caballero 2.- Estoy al servicio de uno de los cardenales más importantes de Roma. Con toda seguridad, Su Eminencia, el señor Cardenal tendrá mucho gusto en hospedar a tan gran señor.

Lamberto.- ¿Está usted seguro?

Caballero 2.- De eso estoy seguro, sí señor. *(Extiende su mano para que se le pague por sus servicios.)*

Lamberto saca una bolsa repleta de monedas y entrega unas pocas al Caballero 2.

Lamberto.- Contraté un par de portadores o cargadores para que traigan hasta esta plaza mi equipaje. ¿Podría usted, servicial caballero, encargarse de ese asunto?

Lamberto saca la bolsa y entrega una moneda, al Caballero 2.

Caballero 2.- ¿Se refiere al equipaje? *(Extiende su mano para que se le pague por sus servicios.)*

Lamberto saca la bolsa y entrega dos monedas, al Caballero 2.

Lamberto.- Al equipaje, claro, al equipaje.

El Caballero 2 va a retirarse, para buscar el equipaje de Lamberto.

Lamberto.- ¡Caballero! ¡No me ha dicho usted su nombre!

Caballero 2.- Soy Pipino, señor. Pipino, el Largo.

El Caballero 2 va a retirarse, para buscar el equipaje de Lamberto.

Lamberto.- ¡Pipino!

Caballero 2.- ¿Sí, señor?

Lamberto.- Dime, Pipino. Esa taberna... “El León Dorado” ¿es un sitio confiable? Estoy cansado. Me gustaría calmar la sed con un buen jarro de vino.

Caballero 2.- Esa es la taberna más confiable de Roma. Pertenece a la madre y a la hermana de su Eminencia, el Cardenal Anastasio.

El Caballero 2 abandona el escenario.

Lamberto se dirige a la taberna de “El León Dorado”. En ese momento sale Juana Willibalds. Los dos se miran directamente a los ojos. Han quedado flechados.

Lamberto.- ¡Preciosa! ¡Encantadora! ¡Seductora! ¿Eres un ángel o una mujer de carne y hueso?

Juana Willibalds.- Soy solamente una mujer.

Lamberto.- Jamás he visto una mujer tan hermosa... Pero tú... Tú no eres italiana...

Juana Willibalds.- Soy Juana Willibalds. Nací en Ingelheim, pero mi sangre es...

Lamberto ha llegado hasta donde Juana y la toma de la mano.

Lamberto.- Tu sangre es fuego, bien lo sé. Y tu lengua más dulce que el vino del Rhin.

Juana Willibalds.- ¿Y tú, dime, de dónde vienes? Tú tampoco eres italiano.

Lamberto.- Soy Lamberto, embajador de Sajonia. Busco un sitio adecuado para hospedarme por esta noche. Tengo la intención de presentar mis cartas credenciales ante su Santidad el Papa León IV. ¿Vienes conmigo?

Juana Willibalds.- Aún no has logrado convencerme...

Lamberto.- “Tu porte es como el porte de una palmera; / tus pechos son como racimos. / Yo pienso subir a la palmera y adueñarme de sus racimos. / Tus pechos serán entonces como racimos de uvas; / tu aliento, perfume de manzanas; / tu paladar, como el buen vino que resbala suavemente / por los labios y los dientes.”⁶

Juana Willibalds.- ¡Basta! ¡Contigo iré al infierno, maldito sajón!

Juana Willibalds y Lamberto entran a la taberna.

III

Anno Domini 850. Monasterio de Mosbach. Juana Willibalds ha cumplido 32 años.

Norte de Baden-Württemberg, Alemania. Monasterio de Mosbach.

El parlatorio del convento. Algunas sillas y una mesa central. Un crucifijo, la estatuilla de Santa Lioba y un reclinatorio, al pie.

Juan el Inglés está arrodillado en el reclinatorio y ora. Tiene la cabeza descubierta y se puede mirar su hermosa cabellera.

⁶ Salomón: El cantar de los cantares.- 7.7 al 7.9.

Juan el Inglés.- ¡Oh Santa Lioba bendita! ¡Oh virgen bien amada!

Santa Lioba entra bañada en una luz purísima.

Santa Lioba.- ¿Dime, hija? Te escucho. Has retornado al monasterio de Mosbach...

Juan el Inglés.- Ya lo ves. Huyo de Roma.

Santa Lioba.- Roma está ya dentro de ti. No puedes esconderte...

Juan el Inglés.- No quiero pisar los brillantes mármoles de la Santa Sede.

Santa Lioba.- ¿Qué es lo que temes, hija mía? Naciste para ser un príncipe de la Iglesia.

Juan el Inglés.- No quiero ser un príncipe de la Iglesia. Aterrada me encuentro al ver cómo se sacan los ojos los unos a los otros, por adquirir renombre, fama y poder. Abandono gustosa el oropel, la pompa y la efímera gloria. He vuelto humildemente al Monasterio de Mosbach, cansada y arrepentida. Aquí he llegado, buscando un refugio espiritual, donde pueda restañar mis heridas.

Santa Lioba.- Aquí no podrán recibirte, hija.

Juan el Inglés.- Le confesaré todo a la Santa Hermana Biltude. Le pediré que me reciba nuevamente, como la última de las monjas de esta Abadía.

Santa Lioba.- ¿Qué es lo que buscas aquí? Regresa a Roma.

Juan el Inglés.- Busco el perdón del Altísimo. He pecado. Bien lo sé. He sido fatua y me he dejado llevar por la concupiscencia, por la lujuria más aberrante. Pero todo eso ha quedado atrás.

Santa Lioba.- ¿Entonces has aprendido a disciplinar tu carne?

Juan el Inglés.- Aún de Frumencio, que fue el amor de mi vida, me he separado para siempre.

Santa Lioba.- ¿Por qué te separaste de Frumencio? ¡Dime la verdad!

Juan el Inglés.- Sus celos me estaban consumiéndome.

Santa Lioba.- ¿Entonces querías ser libre, como un pájaro? Pero tu libertad no duró mucho...

Juan el Inglés.- Frumencio y yo envilecimos el hábito de San Benito. Obramos mal. Debimos despojarnos de nuestra condición religiosa; renunciar a nuestros votos de castidad y casarnos, con el permiso de Dios y de la Iglesia.

Santa Lioba.- ¿Pero cuál habría sido el resultado de este bueno propósito? El hambre, la miseria, la humillación más cruel. ¿De qué habrían vivido? Nada práctico saben hacer tú o el tal Frumencio.

Juan el Inglés.- Aprendí teología, bien lo sabes. Aprendí lógica, derecho canónico y otras artes...

Santa Lioba.- Artes inútiles para la vida seglar.

Juan el Inglés.- Cansada estoy del mundo, de sus pompas y de sus glorias. ¡Ayúdame, Santa Lioba bendita!

Santa Lioba. ¡Cubre tu cabeza con la capucha! ¡Vence tu lubricidad, tu lascivia, tu lujuria! ¿Acaso no te advertí que huyas de los sajones? Pero tú no me has escuchado: tu nuevo amante se llama Lamberto y es el embajador del Duque de Sajonia. ¡Supérate a ti mismo! ¡Vence tu débil condición de mujer! ¡Regresa a Roma!

Se escucha el tintineo de cristales. Juan el Inglés cubre su cabeza con la capucha. Santa Lioba abandona el escenario.

Ingresa una monja, por una de las puertas laterales. Porta una bandeja con galletas, una botella y tres copas de vino.

Hermana Eduviges.- ¿Monseñor Juan, el Inglés? Perdone por la interrupción. No sabía que estaba rezando.

Juan, el Inglés, se pone de pie y con mucha cortesía contesta la pregunta.

Juan el Inglés.- A su disposición, reverenda madre.

Hermana Eduviges.- Soy la hermana Eduviges. (*Hace una reverencia.*) Nuestra superiora, la muy reverenda Hermana Bilttude le atenderá en un instante. Me ha pedido que le ofrezca unas galletas y algo de beber.

Juan el Inglés.- No era necesario que se tome usted tanta molestia.

La monja coloca la bandeja sobre la mesa central. Sirve el vino en la copa y le ofrece a Juan el Inglés.

Hermana Eduviges.- Los vinos del suroeste Alemán tienen buena fama. Este es un Qualitätswein mit Prädikat. Excelente cuerpo.

Juan el Inglés toma la copa y la lleva a los labios.

Juan el Inglés.- Salud. En realidad, tiene un aroma inimitable. ¿Dejará usted, reverenda madre, que beba solo este reputado vino?

Juan el Inglés degusta el vino. La monja repleta otra copa de vino y bebe a su gusto.

Juan el Inglés.- Hermana Eduviges... Tengo entendido que en este monasterio estuvo, en el año 835, una joven novicia llamada Juana Willibalds. ¿La conoció usted?

Hermana Eduviges.- La conocí. Claro que la conocí. Una descocada. Una loquilla... No tenía una verdadera vocación. No sé por qué razón fue admitida en este santo monasterio.

Juan el Inglés.- Al parecer... la recuerda usted bastante bien, a pesar del tiempo transcurrido.

Hermana Eduviges.- No me acuerdo de su físico. ¿Pero quién podría olvidar sus acciones? La muchacha tendría apenas unos dieciséis o diecisiete años pero no cabía en su pellejo. Era vanidosa, orgullosa, presuntuosa. Quizá por esa razón hizo lo que hizo.

Juan el Inglés.- ¿Y qué es lo que hizo?

Hermana Eduviges.- Tentó a un sacerdote santo. Fornicó con él. Se fugó con él. Pobre muchacha. Con sus actos indignos ha apostatado de su fe.

Juan el Inglés.- ¿Y la reverenda Hermana Bilttude, su superiora, opina igual que usted?

Hermana Eduviges.- Ya lo creo que sí. Cuando ocurrieron los hechos que le estoy relatando, la reverenda Hermana Bilttude cayó enferma, a causa del terrible disgusto. La vergüenza cayó sobre este monasterio, a causa de esa infeliz muchacha.

Juan el Inglés deja su copa sobre la mesa central. Ingresas la Hermana Bilttude.

Hermana Bilttude.- Discúlpeme por haberle hecho esperar tanto tiempo, Monseñor.

Juan el Inglés se levanta, se inclina respetuosamente y besa la mano de la Hermana Bilttude.

Juan el Inglés.- Hermana Bilttude. Deseaba tanto conversar con usted.

Hermana Bilttude.- Puede retirarse, hermana Eduviges.

Hermana Eduviges.- Con su permiso, reverendísima madre. Con su permiso, Monseñor.

La monja se retira. Juan el Inglés se arrodilla a los pies de la Hermana Bilttude y agacha la cabeza.

Hermana Bilttude.- ¿Qué hace, Monseñor? Un príncipe de la Iglesia no puede arrodillarse ante la más humilde de las monjas... Sabemos que usted es el Secretario de su Santidad, el Papa, León IV. Sabemos que usted es un Doctor de la Iglesia. Bienaventurado este monasterio por haber recibido a un hombre de tan altos méritos.

La Hermana Bilttude levanta del suelo a Juan el Inglés.

Juan el Inglés.- Hace quince años vivió en esta santa casa una novicia. Su nombre era Juana Willibalds.

Hermana Bilttude.- Esa chica está muerta, Monseñor. Está muerta. Escupió sobre nuestros rostros. Su asqueroso vómito ensució nuestros claustros. ¿Por qué quiere abrir una vieja herida que casi había cicatrizado?

Juan el Inglés.- He venido a pedir perdón.

Hermana Bilttude.- ¿Perdón? ¿Usted quiere pedir perdón por esa pérdida? Cada vez entiendo menos.

Juan el Inglés.- Busco la salvación de mi alma y sé que solamente aquí, junto a usted, madre amantísima, podré encontrar nuevamente la divina luz del Altísimo. Pido ser admitido en el monasterio.

Hermana Bilttude.- ¡Qué insensatez! Bien sabe usted, Monseñor, que este es una abadía de monjas. ¿Cómo podría yo admitirle en esta casa?

Juan el Inglés.- Debo revelar ante usted, santa madre, uno secreto muy grande...

Hermana Bilttude.- ¿Un secreto? ¡Dios nos ampare! ¿Y usted, Monseñor, ha venido hasta esta lejana abadía, en busca de refugio? ¡Santo Cielo! Entonces era verdad lo que soñé... (*Grita.*) ¡El papa León IV ha muerto! ¡El que amuralló la colina Vaticana, ha muerto! ¡El constructor de la ciudad Leonina, ha muerto! ¡El vencedor de Ostia, el azote de los sarracenos, ha muerto! Los musulmanes llegarán con sus refinadas, finas y ligeras cimitarras y cortarán cabezas, como si fueran brotes de trigo maduro. A caballo vendrán, con sus turbantes de colores y sus capas flotando al viento. Atacarán nuevamente a la cristiandad y esta vez nadie podrá detenerlos. Quemarán las Iglesias. Abatirán los muros de los conventos. Violarán a las castas hermanas... y a los niños indefensos...

La Hermana Bilttude queda paralizada: ha perdido el conocimiento. Juan el Inglés la sostiene para que no caiga al suelo. Entra precipitadamente la Hermana Eduviges.

Hermana Eduviges.- ¡Monseñor! ¿Qué le pasa a la reverendísima Madre?

Juan el Inglés.- Deliraba. Ahora ha perdido el conocimiento.

Hermana Eduviges.- Un mal momento para desmayarse. Últimamente ha sufrido desmayos, como el que usted acaba de presenciar. Después de, se incorpora, como si estuviera poseída por algún espíritu y profetiza.

Juan el Inglés.- ¿Y qué es lo que profetiza?

Hermana Eduviges.- Cosas que yo no entiendo. Habla sobre una prostituta que ha cometido inmoralidades con reyes y purpurados... Casi siempre sus palabras evocan a uno de los siete ángeles, al que tiene siete copas de vino...

Juan el Inglés.- “Ven, te voy a mostrar el castigo de la gran prostituta que está sentada sobre las aguas. Los reyes del mundo han cometido inmoralidades sexuales con ella, y los habitantes de la tierra se han emborrachado con el vino de sus inmoralidades”⁷

Hermana Eduvigis.- ¿Cómo lo supo, Monseñor? ¿Cómo supo lo que la santa Madre ha estado profetizando?

Juan el Inglés.- La Hermana Bittulde ha citado el Apocalipsis, Hermana Eduvigis... Un libro enigmático... muy pocos logran entenderlo. Ella ha envejecido mucho. Se la ve cansada, lánguida, abatida...

Hermana Eduvigis.- Mírela, Monseñor. Está volviendo en sí.

Hermana Bittulde.- ¿Sigue usted aquí, Monseñor? ¿No sabe que le esperan en Roma?

Juan el Inglés.- ¿Está delirando?

Hermana Eduvigis.- No delira. No. Profetiza. (*A la Hermana Bittulde.*) ¿Cómo lo supo? ¿Cómo lo supo, reverenda Madre? Vine precisamente por eso, por los emisarios que esperan impacientes. Pero al ver desmayada a la reverenda madre... se me olvidó por completo.

Hermana Bittulde.- Hable, hermana Eduvigis. Hable usted, para que este caballero conozca quién le convoca.

Hermana Eduvigis.- Afuera, en la portería del monasterio, dos caballeros vestidos de negro, con sendos puñales colgados a la cintura, dicen venir de parte del cardenal Anastasio. El cardenal ha enviado su coche personal para usted, Monseñor. Debe partir de inmediato. Le esperan en Roma.

IV

Anno Domini 855. Terraza en la Santa Sede. Juana Willibald ha cumplido 37 años.

La escena se desarrolla sobre una de las terrazas de la Santa Sede, desde la cual se contempla la Plaza de San Pedro.

Al fondo, una puerta alta, comunica con las habitaciones del papa.

Johannes Anglicus arrimado sobre el antepecho, decorado con balaústres, contempla la plaza.

Juan el Inglés.- Desde esta terraza, la informe masa de mendicantes, tullidos, leprosos, ladrones, prostitutas y otros menesterosos cobra una dimensión vergonzante. Esta es la misma plebe sedienta de sangre que se agolpaba en el coliseo, en la

⁷ Apocalipsis 17.1

época de los césares. Ya no van al coliseo, carcomido por el tiempo, ahora vienen hasta la plaza de San Pedro con sus demandas. ¿Por qué no los dispersa la guardia? Pueblo ignaro si continúa en sus desmanes puede destruirlo todo. ¿Qué le importa, al fin y al cabo, a esa bestia de miles de ojos, la historia de la civilización humana? Se acercan y retroceden en oleadas, con sus teas incendiarias. ¿Qué es lo que gritan?

El pueblo.- (*Gritos sordos, apagados.*) ¡Fuera! ¡Fuera, Anastasio! ¡Anastasio, Anticristo! ¡Anatema! ¡Es un excomulgado! ¡Maldito! ¡Está condenado en vida! ¡Antipapa!

Juan el Inglés.- ¡Santo cielo! ¡Gritan en contra del Santo Padre! ¡Quieren derribar la tiara del Pontífice Anastasio! ¿Anatema? ¿Excomulgado? ¿Cómo se atreven a tanto? ¿Quién los azuza? ¡Perros rabiosos!

Ingresas el Papa Anastasio. Sale por la puerta alta, del fondo.

Anastasio.- Johannes Anglicus, ahora estamos solos. Nadie escuchará lo que tengo que decirte.

Johannes se arrodilla, para besar el anillo de Anastasio.

Juan el Inglés.- ¡Su Santidad!

Anastasio.- Levántate Johannes Anglicus. Tú sabes, tanto como yo, que no puedo ya seguir siendo el Papa. Todo es inútil... (*Se aproxima al antepecho, desde donde se contempla la Plaza de San Pedro.*) ¿No los escuchas cómo gritan? ¿No oyes cómo maldicen mi nombre? Dicen que soy un excomulgado, que es anatema mi coronación papal.

Juan el Inglés.- Son solo gritos, Su Santidad...

Pueblo.- ¡Fuera Anastasio! ¡La triple corona para Benedicto III! ¡Libertad para Benedicto! ¡Benedicto, Papa! ¡Benedicto, Papa!

Anastasio.- Los gritos de la turba acabarán por arrancar de mi cabeza la triple corona: que proclama mi poder sobre Roma, el Mundo y el Cielo.

Juan el Inglés.- ¿No viene del Altísimo todo poder? ¿Qué puede importar lo que diga la gente? ¿Qué puede importar lo que murmuren algunos obispos o algunos cardenales desorientados? ¡Dios lo ha elegido como Pontífice de la Iglesia! ¡Los nobles le apoyan! El propio Emperador Lotario está con usted. Una sola palabra suya, Su Santidad y esa muchedumbre fanática sería acallada, sofocada...

Pueblo.- ¡Anastasio, excomulgado! ¡Anastasio, condenado! ¡Anastasio, anatema!

Anastasio.- (*Levanta los ojos hacia el cielo.*) ¡León IV, “Boca de Cerdo”, tu sombra me persigue! ¡León IV, “Boca de Chancho”, ni siquiera en la tumba dejas de perseguirme!

Juan el Inglés.- El Papa León le amaba, Su Santidad. Yo fui su Secretario para Asuntos Internacionales.

Anastasio.- Fuiste un buen Secretario, un hombre preparado para la diplomacia, un hombre de teología y de derecho. Tú deberías haber sido ungido cardenal. Tienes más méritos que el grupo de purpurados que pasa el día y la noche en conciliábulos secretos...

Juan el Inglés.- León IV le amaba, Su Santidad. Muchas veces vi llorar al Papa León, pedía siempre al Señor por Anastasio, su hijo predilecto...

Anastasio.- ¿Me amó? ¿Y por eso me excomulgó? ¿Y por eso permitió que el Sínodo de Roma me declare anatema en el año 853, es decir, hace apenas dos años? ¿Y por qué me excomulgó? ¿Por hereje? ¡No! ¿Por violar el secreto de la confesión? ¡No! ¿Sabes que León IV se confesó una vez conmigo? No repetiré lo que él me confió... ¡Dios conoce la rectitud de mi fe! León IV me excomulgó por razones políticas. Me eligió como chivo expiatorio, para demostrar ante el mundo que él, la cabeza visible de la Iglesia, prevalecía sobre el Emperador. ¿De qué se me acusó? ¡De lealtad al Emperador Ludovico el Piadoso, hijo y sucesor del gran Carlomagno, padre augusto de Lotario, Sacro Emperador y Rey de Roma!

Juan el Inglés.- Pero la justicia de Dios se ha impuesto al fin. Su noble testa sostiene la triple corona. Es usted el Sumo Pontífice de la Iglesia de Cristo, la única santa, la única verdadera, la única ecuménica. Revoque usted, Su Santidad, esas injustas excomuniones.

Anastasio.- Ya lo he hecho, Johannes. He firmado ya la revocatoria de esas infaustas excomuniones. Eso es lo primero que hice, tan pronto fui investido como Sumo Pontífice.

Juan el Inglés.- Esto debe saberlo todo el pueblo romano.

Anastasio.- ¿Crees acaso que la chusma entiende derecho canónico?

Juan el Inglés.- Alguien tiene que explicarles. Alguien tiene que decirles. ¿Quién está detrás de esas hordas?

Anastasio.- Los partidarios de Benedicto III.

Juan el Inglés.- Supe que el bajo pueblo pedía a gritos que él sea elegido Papa...

Anastasio.- El bajo pueblo, con sus gritos y sus tambores; con sus mujeres semidesnudas, danzando frenéticas por las calles; con sus payazos pintarrajeados; con sus equilibristas trepados en enormes zancos eligió a Benedicto III. Los hombres sensatos, los hombres cultos, los hombres reflexivos, los nobles romanos apoyaron con fuerza mi candidatura, porque les aterraba que Benecito III llegara a la Silla de San Pedro. El pueblo desconoce los principios del derecho: La Constitución Romana, aprobada en el año 824, por Lotario y el Papa Eugenio II, está vigente. Establece que ningún Papa podrá ser consagrado hasta que su elección haya sido aprobada por el Emperador de

Occidente. La *Consitutio Lothari* proclama la superioridad del poder del Emperador respecto del Papado. Una vez electo el Papa, solamente puede ser consagrado, luego de haber jurado lealtad al Emperador. De haberse proclamado la elección de Benedicto III se habría decretado la extinción de los Estados Pontificios. Ese hombre inflexible se habría negado a jurar lealtad al Emperador Lotario.

Juan el Inglés.- ¿Cómo lo hizo el Papa Sergio II?

Anastasio.- Benedicto admiraba a Sergio II. La historia se repite, Johannes...

Pueblo.- ¡Libertad para Benedicto! ¡Benedicto, Papa! ¡Benedicto, Papa! ¡Restauración!
¡Restauración!

Juan el Inglés.- ¿Y por eso protesta el pueblo? ¿Por eso demanda la restauración de Benedicto?

Anastasio.- Escúchame bien, Johannes Anglicus. Debes saberlo todo, porque el peso de esta lucha habrá de recaer sobre tus hombros. ¡Yo dispuse la prisión de Benedicto III!

Juan el Inglés.- ¡Santo Padre! ¡No diga usted eso! ¡No tiene por qué decirlo!

Anastasio.- Yo lo pedí. Los hombres del Emperador solo ejecutaron la orden. Tomé bajo mi mandato el palacio de Letrán y encerré en prisión al Papa...

Juan el Inglés.- ¿Entonces, Benedicto III es el Papa proclamado?

Anastasio.- Continúa, Johannes. Utiliza tu lógica despiadada. Habla. Pronuncia las palabras. Di: “Si Benedicto es el Papa, entonces Anastasio es... un Antipapa”.

Juan el Inglés.- ¡Dios sea con nosotros!

Anastasio.- He pecado y lo confieso. No somos ángeles, tampoco demonios. A pesar de nuestras imperfecciones creemos en lo perfecto. Los papas y los antipapas somos pasajeros. Solamente la Iglesia debe prevalecer, para la salvación del mundo. Cuando el pueblo se impuso con su mayoría abrumadora, se envió una delegación para recibir la aprobación de Lotario, Santo Emperador Romano. Entonces mis partidarios y mi tío Arsenio, obispo de Orta, a la cabeza de éstos, se reunió secretamente con los delegados y los sobornaron. De esta manera persuadieron al Emperador para que me reconozca como Papa. Los delegados retornaron a Roma y declararon que el emperador había aprobado mi designación como nuevo Papa.

Pueblo.- ¡La cabeza de Anastasio! ¡La cabeza de Anastasio!

Juan el Inglés.- En este caso, debería usted dar marcha atrás; renunciar a la triple corona que usurpa indignamente; liberar y restaurar en el trono de San Pedro a Benedicto III... Pero, por otro lado, si lo hace... la misma Iglesia podría estar en

peligro... ese pueblo que pide su cabeza, con inocente ignorancia, recibiría un baño de sangre...

Anastasio.- Has hablado correctamente, Johannes Anglicus. Ahora debes actuar también, de manera correcta.

Juan el Inglés.- Es necesario buscar un hombre justo, inteligente, decidido, pero al mismo tiempo flexible, amado y respetado por el populacho romano... Un hombre que sepa evaluar con rectitud el inestable equilibrio de las potencias oriente y occidente. Ese hombre debería ser el ungido...

Anastasio.- Ese hombre eres tú, Johannes Anglicus.

Juan el Inglés.- ¡No soy cardenal, Su Santidad!

Anastasio.- No es necesario ser cardenal para ser ungido Papa. Sin embargo, si eso te preocupa, mañana te ungiré como cardenal.

Juan el Inglés.- Hay algo que me impide aceptar ese altísimo honor. Algo que no puedo revelar...

Anastasio.- *(En voz alta, como si estuviera sumamente perturbado por lo que dice y por lo que va a hacer.)* ¡Juan el Inglés! ¡Juan el Inglés! Tu fama se extiende por toda la Lotaringia y llega hasta Grecia. Se dice que eres uno de los teólogos más importantes de la cristiandad. Reputado retórico; excelente calígrafo y erudito en derecho canónico.

Juan el Inglés.- ¡Me asusta usted, Santo Padre!

Anastasio se acerca hasta donde está Johannes y súbitamente le rasga su hábito, dejando al descubierto su pecho.

Anastasio.- ¡Juana Willibalds! ¡Una mujer hecha y derecha ante mis propios ojos! ¿Creías acaso que yo no estaba al tanto de tu gran secreto? Antes de que llegaras a Roma; antes de que fueras nombrado como instructor de teología en la escuela de San Martino, donde el mismo San Agustín había enseñado alguna vez; antes de que León IV te designara como Secretario para Asuntos Internacionales, yo sabía ya que Johannes Anglicus era, en realidad Juana Willibalds. Todo se sobre ti. El año y el lugar de tu nacimiento: ochocientos dieciocho, Ingelheim; el nombre de tu madre: Judith; el nombre y oficio de tus amantes: Frumencio, monje benedictino, Lamberto, embajador de Sajonia, un abad, dos obispos, el eparca de Ática... ¿Sigo? ¿Sigo? Hija mía: ¿no te has convertido acaso en la puta de Babilonia?

Juan el Inglés (Juana Willibalds) se arrodilla ante Anastasio y baja la cabeza.

Juan el Inglés.- Entonces, Santo Padre, dígame ¿por qué me ha elegido?

Anastasio.- ¿Por qué razón crees tú, Juana Willibalds, que busqué el papado? Para quebrantar este nido de víboras y de intrigas. Los papas heredaron la sed de

poder y la pompa de los emperadores romanos. Han creado reyes de la nada. Han destruido a las auténticas dinastías, para colocar en lugar de éstas, reyezuelos sumisos. Los papas han trastocado la historia y la geografía a su antojo. ¿Quién abatió, de manera artera, al imperio cristiano de Bizancio? El papa León III. ¿No coronó León III a Carlomagno, en el año ochocientos, como *Imperatur Romanorum*? El propio Carlomagno ignoraba las intenciones de este papa sagaz: no podía aceptar ni deseaba este nombramiento, porque significaba la ruptura de la unidad, el rompimiento definitivo entre oriente y occidente. ¿Y qué hizo Carlomagno? A sangre y fuego impuso el cristianismo y la sumisión ciega y total de los pueblos ante la iglesia de Roma: mató, quemó, arrasó campos y los burgos. Tiñó de sangre la tierra... ¿Por qué te he elegido a ti, Juana Willibalds? Porque al coronar como papisa a la lujuria y a la vanidad, destruiré como Sansón el templo de los ídolos.

Juana Willibalds se pone de pie. Está aturdida. Mueve incrédula su cabeza. Trata de huir.

Anastasio.- ¿Crees que podrás huir, Juana Willibalds?

Pueblo.- ¡Rompan las puertas! ¡Mejor quémenlas! ¡No, no lo hagan, cometeríamos sacrilegio!

Juan el Inglés.- *¡Non serviam!*

Pueblo.- ¡Todos al palacio de Letrán! ¡Sí, sí, al palacio de Letrán! ¡Al palacio de Letrán!

Anastasio.- ¿Quién eres tú para oponerte? Todo está preparado. ¿Escuchas los gritos de esa muchedumbre? Mañana te aclamarán pontífice. Todos han sido comprados.

Juan el Inglés.- Soy una pecadora, bien lo sé. Pero confío en la clemencia divina. No me prestaré a sus sacrílegos propósitos. Puede encarcelarme, puede torturarme, puede matarme si lo desea, Antipapa Anastasio, pero no conseguirá que Juana Willibalds pierda su alma. Jamás levantaré mi mano contra la Santa Madre Iglesia.

Anastasio.- ¿Sabes que tengo a Frumencio? Una simple orden mía y...

Juan el Inglés.- Si, a pesar de todo, me doblegan el poder o la astucia, si a pesar de todo, llegaran a ungirme como Pontífice de la Iglesia, entonces dejaré que el Altísimo guie mis pasos. No coloque sobre mi cabeza la triple corona, porque si lo hace defenderé como leona a la Santa Iglesia. No habrá en la historia un papa más santo que Juan el Inglés.

Anastasio saluda a Juana Willibalds como los romanos saludaban a los césares.

Anastasio.- ¡Salve, Juan VIII!

Anno Domini 855. Terraza en la Santa Sede. La papisa Juana mure al dar a luz.

La escena se desarrolla sobre una de las terrazas de la Santa Sede, desde la cual se contempla la Plaza de San Pedro.

Una puerta alta comunica con las habitaciones del papa. Hay algunos candelabros con velas encendidas, que adornan la entrada. A un costado, se ve tres sillas altas.

El cardenal Anastasio y el cardenal Adriano miran hacia la plaza de San Pedro.

Entra Santa Lioba, resplandeciente en su luz. Los cardenales no pueden verla, porque es un espíritu.

Santa Lioba.- (A los Cardenales.) ¿Juana sigue en sus aposentos? Son las diez de la mañana. A las once debo partir con ella.

Cardenal 1.- La gente se ha empezado ya a reunir.

Cardenal 2.- Tendremos una procesión magnífica. Han venido de todos los confines de la tierra para ver al papa.

Cardenal 1.- Sí, claro. Solo se habla de la procesión. Todos quieren estar en esa procesión, como si no existiera cosa alguna más interesante que esa melancólica y monótona ceremonia. Hay gente que ha pasado toda la noche en esa plaza, para estar más cerca del papa, para verlo, para tocarlo. ¿Es esto fanatismo o fervor?

Santa Lioba.- Es fanatismo y es fervor. ¿Aún no conocen la esencia de los hombres?

Cardenal 2.- Es fervor, es devoción, es fe. Su Santidad Juan VIII ha hecho milagros.

Santa Lioba.- Ya lo creo: con mi ayuda. A los hombres les encanta lo milagros. Esto está tardando más de la cuenta. Ya debería haber llegado Frumencio. Ese fraile romántico, siempre atrasado.

Cardenal 1.- ¿Usted todavía cree en los milagros, cardenal Adriano? Lo que usted está viendo es el resultado de una política papal concreta. Juan VIII resulto ser más astuto de lo que nosotros creíamos. Es un perfecto demagogo. Se ha entregado en cuerpo y alma al populacho más grosero. Se mezcla con la gente, como si fuera un simple cura de aldea. Les da la mano a los ladrones y a las meretrices, abraza a los mocosos desharrapados, sonrío al que se le pone en frente y no permite que se inclinen ante él, peor aún que le besen sus sandalias.

Cardenal 2.- Sí, es un papa diferente y por eso le aman.

Frumencio, con su hábito negro y su amplia capucha cubriéndole la testa, entra como si fuera un loco furioso.

Santa Lioba.- Frumencio. A fin llegas. Te estaba esperando con impaciencia. ¿Vienes a salvar al amor de tu vida? ¡Insensato!

Frumencio. ¿Dónde está?

Cardenal 1.- Este monje ha perdido el juicio. ¿A dónde crees que vas?

Cardenal 2.- ¿Qué buscas aquí, hermano?

Santa Lioba.- (A *Frumencio.*) Anda, ¿qué esperas? Toma uno de esos candelabros.
Derriba la puerta. Nadie podrá detenerte.

Frumencio. ¿Es esta la puerta?

Cardenal 1.- Esa puerta conduce a los aposentos del papa.

Frumencio.- ¡Debo verla! ¡Debo hablar con ella!

Cardenal 2.- ¿Por quién preguntas? ¿Quién es “ella”? Aquí no hallarás mujer alguna.
Este es un papa casto. Si buscas a alguna de tus hermanas, a alguna de tus
sobrinas o... quizá a alguna de tus queridas... te has confundido de lugar.

El cardenal 2 trata de impedir que Frumencio avance.

Santa Lioba.- ¡Cardenal ignaro! ¿No adivinas por quién pregunta? ¡Quiere fornicar con
la papisa! ¡Está febril! ¡Arde en deseos! ¿No sabes acaso quién lo ha guiado
hasta aquí? He sido yo. Apártate de su camino.

Cardenal 1.- Deberían encerrar a este loco. Te echaremos de aquí como a un perro.
(*Grita.*) ¡Guardias! ¡Guardias!

Cardenal 2.- ¿Quién te ha dejado pasar hasta aquí?

Santa Lioba.- (A *Frumencio.*) ¡El candelabro, Frumencio, el candelabro!

Frumencio toma uno de los candelabros y golpea la puerta, con violencia.

Frumencio.- (*Grita.*) ¡Juana! ¡Juana! ¡Abre! ¡Soy yo, Frumencio!

Cardenal 1.- ¿Juana? ¿Quién es Juana?

*La puerta se abre. Aparece en el marco Juan el Inglés, en su atuendo de papa Juan VIII.
Está lívido y su vientre abultado resulta evidente. Juan se queda estático al ver frente a
frente a Santa Lioba.*

Juan el Inglés.- (A *Santa Lioba.*) ¿Has venido por mí?

Santa Lioba.- Tú lo has dicho.

Frumencio.- ¡He venido por ti! ¡Claro que he venido por ti!

Juan el Inglés.- *(A Santa Lioba.)* ¿Puedes esperar unos minutos?

Santa Lioba.- *(Se encoje de hombros.)* ¿Qué son unos minutos para la eternidad? Te esperaré sentada en alguna de esas altas sillas.

Santa Lioba va a sentarse en la silla del medio..

Frumencio va a entrar, pero los dos cardenales le cierran el paso. Frumencio amenaza a los cardenales con el candelabro.

Frumencio. ¡Juana! ¡Por fin logro llegar hasta ti! ¡Bendita tú, entre todas las mujeres!

Cardenal 2.- ¿Qué es lo que dices, blasfemo? ¿Confundes al Santo Padre con una vulgar pindonga? ¿Estás borracho?

Cardenal 1.- Su Santidad. No sabemos quién ha dejado pasar a este desquiciado monje hasta aquí.

Cardenal 2.- Ya hemos llamado a los guardias para que lo echen de inmediato.

Juan el Inglés.- *(Con mucha calma, con profunda caridad y misericordia.)* Los guardias no vendrán. Ya todos fueron licenciados. Ningún papa debería tener guardias pretorianos, vigilando su sombra. ¿Opondrán la violencia a la violencia; la ofuscación a la ofuscación? ¿Acaso no ven cómo sufre este hombre? ¿No ven como tiembla y gime? Déjenle pasar. Ven acá hermano mío, amigo mío. Ven acá y yo dejaré que tu cabeza descansa sobre mi pecho.

El papa abraza a Frumencio. El monje deja caer al suelo el candelabro y entra con el papa. La puerta se cierra.

Cardenal 1.- Cada vez entiendo menos. Todo esto es tan confuso, tan irregular.

Cardenal 2.- Verdaderamente este papa es un santo.

Cardenal 1.- ¡Licenciar a los guardias! ¿A quién se le ocurre una cosa de esas?

Ingresa, por un costado, Lamberto. Ve a los cardenales y se inclina ante ellos. Besa sus anillos.

Santa Lioba.- Lamberto. ¡Qué inoportuno! Si entras por esa puerta verás a tu amante en brazos de otro. ¿Qué vas a hacer cuando los sorprendas desnudos? ¿No escuchas acaso su respiración entrecortada? Ella está embarazada. Lleva en su vientre a tu hijo. Pero eso nada importa. La pasión, la lujuria, el ardor de la carne jamás pueden ser dominados.

Cardenal 1.- Lamberto, levántese.

Cardenal 2.- Señor Embajador, qué gusto tenerlo nuevamente por aquí.

Lamberto.- ¡Es un placer encontrar a tan altos prelados de la Iglesia, en un día como éste!

Cardenal 1.- ¿Ha venido para asistir a la procesión?

Lamberto.- Claro que asistiré a la procesión. Nadie quiere perderse esa ceremonia. Pero antes debo ver a Su Santidad. Me ha pedido que le acompañe durante la marcha.

Cardenal 2.- Un gran honor para usted. Entonces entre, señor Embajador. El Santo Padre está esperándole.

Lamberto.- Con el permiso de sus eminencias... No puedo hacer esperar al papa. Es casi la hora de salir.

Cardenal 2.- Vaya usted con Dios.

Cardenal 1.- ¡Un momento! Creo que tenemos un pequeño inconveniente.

Lamberto.- ¿Inconveniente?

Santa Lioba.- ¿Acaso estás sordo? ¡Detente! ¡Evítate un mal momento!

Cardenal 1.- El Santo Padre no está solo.

Cardenal 2.- El papa ha dejado entrar a un monje hasta sus habitaciones.

Lamberto.- ¿Entonces creen ustedes que primero debo hacerme anunciar?

Cardenal 1.- De ningún modo. Si el Santo Padre le llamó, debe usted entrar, señor Embajador.

Cardenal 2.- Solamente queríamos informarle que hay alguien más con el papa.

Lamberto abre la puerta y entra a los aposentos del papa.

Santa Lioba.- ¿Qué estará pasando adentro? ¿Los habrá sorprendido? ¿Sacará su puñal? ¿Herirá a la madre y al fraile? ¿Matará también a su propio hijo, sin saberlo? ¡Nada se puede ver desde esta incómoda silla!

Cardenal 2.- El Santo Padre le tiene mucha confianza en el embajador de Sajonia.

Cardenal 1.- Entonces... el embajador... ¿visita con frecuencia al papa?

Cardenal 2.- Viene casi todos los días a verlo. Se ha convertido en su mano derecha. Le consulta todo. Si algún día falta, el Santo Padre lo manda a llamar.

Cardenal 1.- Entonces... las relaciones con Sajonia son estables.

Cardenal 2.- Las relaciones con Sajonia están en su mejor momento. El ducado de Sajonia se ha convertido en un joyel de la cristiandad. El duque Ludolfo envía obsequios y saludos personales al Santo Padre. Parecería querer imitar en todo a Carlomagno. Ha decretado la muerte a los que rechazan el bautismo; a los que quebrantan el ayuno; a los que se hartan de carne durante la cuaresma; a los que cometen robos sacrílegos; a los que incineran los cadáveres, a la usanza antigua; a los que ofrecen sacrificios humanos al demonio; a los que conspiran; a los que roban o raptan o violan a la hija de su señor.

Cardenal 1.- ¿Y Thor, el dios del trueno? ¿E Irminsul, el pilar que une el cielo con la tierra?

Cardenal 2.- Thor ha perdido su martillo arrojadizo y el pilar ha sido cortado de raíz.

Cardenal 1.- Siempre fueron astutos los sajones.

Hay ruido en la plaza de San Pedro. Se escucha gritos y retumbar de tambores.

Cardenal 1.- *(Mira hacia la plaza de San Pedro.)* Han sacado ya la cruz alta.

Santa Lioba, curiosa, baja de la silla y mira hacia la plaza de San Pedro.

Santa Lioba.- Esto es irregular. Totalmente irregular. Vengo por Juana Willibaldis y por el hijo que lleva en sus entrañas. Vengo a llevarles con migo a la cita definitiva con la eternidad, pero ella sale campante, por la puerta grande, a pasarse por las calles de Roma.

Cardenal 2.- Sí. El papa ha salido y bendice a todos. Ahora está montándose sobre el asno. ¿Alcanza a ver desde allí, su Eminencia, al embajador Lamberto? Mírelo. Y también al monje. El embajador y el monje le ayudan a subir.

Santa Lioba.- Ella ha logrado mezclar el agua con el aceite. Uno de sus amantes a la izquierda y el otro a la derecha...

Cardenal 1.- La procesión ha comenzado. Han empezado a cantar los himnos.

Se escucha música sagrada; coros diversos sin acorde alguno; el ruido confuso del gentío que marcha atropelladamente.

Cardenal 2.- El Santo Padre avanza y la gente se arrodilla a su paso.

Cardenal 1.- El cardenal y el monje no se despegan de su lado.

Cardenal 2.- La plaza va quedándose vacía.

Cardenal 1.- ¿Y esos buitres? Mírelos. Han llegado en bandadas. Ha oscurecido el cielo.

Cardenal 2.- ¡Qué cosa tan extraña! ¡Jamás había visto algo parecido!

Cardenal 1.- Algo malo va a ocurrir. Esto es un mal presagio.

Cardenal 1.- Dos años, cinco meses y cuatro días se ha mantenido como papa. No creí que durara tanto...

Cardenal 2.- Su energía vital ha sido sorprendente. Pero el ministerio acabará consumiéndole. Su salud parece quebrantada... Se le nota cansado. Se agita. Su rostro es cada vez más pálido. Hasta parecería que se ha hinchado. Ya no es el mismo. Algún extraño mal le está matando.

Cardenal 1.- ¿Le ha visto alguno de los médicos?

Cardenal 2.- El papa no permite que se le acerque médico alguno. No deja que le examinen. Se ha recluso en sus habitaciones y solamente sale al balcón, para saludar a la gente.

Cardenal 1.- ¿Tan mal está?

Cardenal 2.- No durará mucho.

Santa Lioba.- ¡Todo se ha consumado!

Entran Lamberto y Frumencio. Están desesperados. Lloran y se arrancan los pelos de la cabeza.

Frumencio.- ¡El populacho la despedazó!

Lamberto.- ¡Asesinos! ¡Mataron a un niño inocente! ¡Lo pisotearon como si se tratara de un reptil ponzoñoso.

Frumencio. ¡Malditos!

Cardenal 1.- ¿Qué ha pasado?

Cardenal 2.- (*Grita.*) ¡Cierren las puertas de la Santa Sede, el populacho nos invade!

Entra Juana Willibalds. Viste una túnica blanca, resplandeciente.

Juana Willibalds.- Aquí vengo, madrecita.

Santa Lioba.- Vamos, hija.